

La necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra). Primeras valoraciones: campañas 2000-2002

El Castillo Iron Age cemetery (Castejón, Navarra). Preliminary report (2000-2002)

José Antonio FARO CARBALLA y Mercedes UNZU URMENETA

Gabinete Trama. Pza. Conde de Rodezno, 6-2º dcha. 31004 Pamplona.
merunzu@tiscali.es

Recibido: 20-09-2004
Aceptado: 19-09-2005

RESUMEN

La localización en el verano de 1999 de la necrópolis de El Castillo ha supuesto la apertura de un nuevo horizonte en las investigaciones sobre el mundo funerario protohistórico en el Alto y Medio Valle del Ebro. La variedad y espectacularidad de sus construcciones tumulares, la singularidad de sus ajuares, y su excepcional estado de conservación, nos sitúan ante uno de los yacimientos que podrán aportar en un futuro próximo un mayor y más preciso volumen de información sobre distintos aspectos, tanto relacionados con el ritual funerario, como referentes a la adscripción étnica de este territorio, a su organización social y económica, o a sus intercambios comerciales. El presente estudio tiene por objeto realizar un primera aproximación a la realidad arqueológica de esta necrópolis.

PALABRAS CLAVE: *Necrópolis de incineración. Túmulos. Edad del Hierro. Valle del Ebro. Península Ibérica.*

ABSTRACT

The location of El Castillo necropolis in summer 1999 has meant the opening of a new horizon in the research about protohistorical funerary world in Upper and Medium Ebro valley. The variety and showiness of its tumulus, the singularity of its good-graves and its exceptional conservation state, place us in front of one of the archaeological sites which will be able to provide in the very next future a bigger and more accurate amount of information about different aspects, as much in these related to funeral ritual, as these which refer to ethnic adscription of this area, to its social and economical organization, or to its trade exchanges. The present paper intends to do a first approach to the archaeology of this cemetery.

KEY WORDS: *Incineration cemetery. Tumulus. Iron Age. Ebro Valley. Iberian Peninsula.*

SUMARIO 1. Introducción. 2. Marco geográfico. 3. Resultados de la intervención arqueológica. 4. Valoración y cronología.



Figura 2.- Localización de la primera estructura funeraria en la cata de sondeo de agosto de 1999.

mera campaña de cuatro meses de duración, junio-octubre de 2000, con los objetivos de precisar la delimitación exacta y la extensión de la necrópolis; comprobar su estado de conservación; estudiar la disposición y densidad de los enterramientos; y constatar la importancia de los restos arqueológicos.

Los resultados de esta campaña desvelaron el carácter único de esta necrópolis, tanto por su estado de conservación como por la singularidad de los ajuares. Este hecho motivó la necesidad de establecer una pauta de actuación específica y de proseguir con el desarrollo de la excavación¹. La campaña de 2001 se inició en el mes de mayo y su duración fue de cuatro meses, en los que se intervino en una superficie aproximada de 200 m². No varió la metodología aplicada, aunque sí fue imprescindible modificar el plan de intervención en lo referente al área de trabajo. La futura instalación de una acometida de gas, esencial para la construcción de

la central térmica, motivó que la intervención se centrara en el sector sur de la necrópolis, en una franja de cinco metros de anchura paralela al límite artificial del recinto. En 2002, se prosiguió con el plan de intervención; realizándose una campaña anual, bajo la fórmula de Taller de Empleo.

Las actuaciones realizadas hasta la fecha han sido subvencionadas por Iberdrola-Fensa, como cumplimiento de las medidas correctoras especificadas en el expediente para la declaración de impacto medioambiental. La creación del Taller de Empleo se realizó con el convenio integrado por el Servicio Navarro de Empleo, Iberdrola-Fensa y el Excmo. Ayuntamiento de Castejón.

2. Marco geográfico

La necrópolis de *El Castillo* se sitúa en el Valle del Ebro, al norte del municipio de Castejón. Este término limita con Valtierra al norte, con Tudela por el este y el sur, con Corella por el suroeste y con Alfaro (La Rioja) por el oeste. La totalidad de sus tierras están ocupadas por los aluviones cuaternarios y actuales aportados por el río Ebro. Desde la baja llanura aluvial de inundación (260 m.), el terreno asciende por el sur hasta los 360 m. formando diversos niveles de terrazas fluviales (Fig. 3).

La necrópolis de *El Castillo* se emplaza en la terraza inferior del río Ebro, sobre una loma artificial a 450 metros de distancia del *Cerro del Castillo*. Esta localización se asemeja a la de otras necrópolis de incineración existentes en Navarra como *La Atalaya* de Cortes (Maluquer de Motes y Vázquez



Figura 3.- Ortofoto 1:5.000. Imagen obtenida del SITNA (Sistema de Información Territorial de Navarra).



Figura 4.- Vista aérea del municipio de Castejón y situación de los distintos yacimientos arqueológicos.

1956: 390), *La Torraza* de Valtierra (Maluquer de Motes 1957: 245) y el *Castejón* de Arguedas (Bienes 1994: 3). En esta ocasión el conocimiento del medio físico resultó fundamental a la hora de la ubicación no sólo de este yacimiento, sino de otros asentamientos cercanos como el *Cerro del Castillo*, el *Cerro de la Brea*, el *Montecillo* y otros. Todos ellos se sitúan en la terraza de la margen derecha del Ebro, que se encuentra unos metros elevada con respecto a su homónima de la margen izquierda. Este aspecto es decisivo ya que, durante las grandes crecidas del Ebro, el río se desborda anegando toda la extensa vega de la margen izquierda y deja la derecha libre de toda inundación (Fig. 4).

3. Resultados de la intervención arqueológica

Resulta siempre arriesgado realizar afirmaciones sobre la cronología y clasificación cultural de un yacimiento cuando se encuentra en proceso de excavación y todavía no se han realizado todos los estudios y analíticas pertinentes. En este caso el problema se acentúa por contar con más de 3.000 m² intactos de necrópolis (Fig. 6).

Atendiendo a su localización geográfica y a sus características tipológicas, cronológicas, culturales y rituales, *El Castillo* forma parte de las necrópolis del Valle medio del Ebro, en concreto al denominado Grupo 1A, que aglutina tanto a las situadas en las riberas del Ebro como a las emplazadas en los cursos bajos de los ríos Aragón, Huecha, Jalón y Huerva (Royo 2000: 41-42 y fig.1). Se encuentra

muy próxima a *La Torraza* de Valtierra y el *Castejón* de Arguedas aunque, a diferencia de ellas, se ubica en la margen derecha del Ebro (Fig. 5).

El Castillo no aparece, por consiguiente, en medio de un vacío de datos. Los referentes más cercanos aportan una información desigual, en unos casos por tratarse de excavaciones antiguas, y en otros, aunque más recientes, por ser intervenciones todavía en estudio de las que solamente se han publicado notas preliminares. En la primera de las circunstancias se encuentran las necrópolis de *La Torraza* de Valtierra y de *La Atalaya* de Cortes, y en la segunda la del *Castejón* de Arguedas. Las dos primeras excavadas a mediados del s. XX han representado durante muchos años el único testimonio del mundo funerario para la Edad del Hierro en la mitad sur de Navarra, siendo una de ellas la única necrópolis asociada a un poblado cuya secuencia ha marcado la historiografía de los estudios sobre Protohistoria del Norte peninsular, como sucede con el *Alto de la Cruz* en Cortes. El caso de *La Torraza* (Maluquer de Motes 1957: 251-256) es más modesto, tanto por la superficie excavada como por el número de tumbas. Este panorama se rompe a comienzos de los noventa con la excavación del *Castejón* en Arguedas, también asociada a un poblado. En esta ocasión se intervino sobre una superficie de 100 m² (Bienes 1993: 21-22).

3.1. Ritual de incineración.

Tratamiento de la cremación y las ofrendas

En el área excavada hasta la fecha, en la totalidad de estructuras funerarias el ritual empleado en

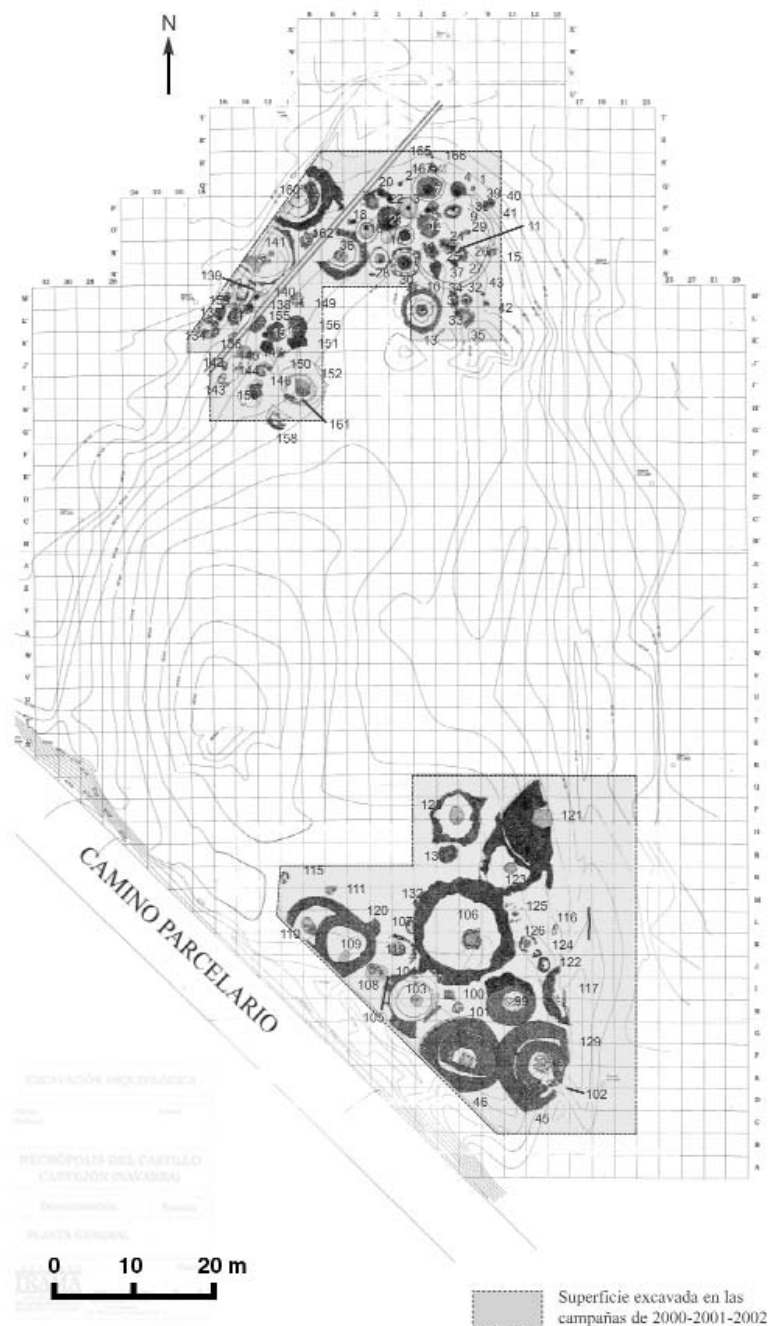


Figura 6.- Planta general de la excavación de la necrópolis.

el tratamiento del cadáver es la incineración². La cremación del individuo debió efectuarse en una pira funeraria, utilizando como combustible la madera de los bosques próximos. Atendiendo a paralelos cercanos, se construiría en el interior de un *ustrinum*. En ocasiones, como ocurre en *La Torraza* de Valtierra (Maluquer de Motes 1957: 249),

ubicaron los *ustrina* en el interior de la necrópolis, pero en otros casos se elige un lugar distinto al destinado para los enterramientos.

El material orgánico recogido en el interior de los túmulos rara vez alcanza los 500 gramos, cuando el peso de las cenizas de un individuo adulto supera con facilidad los 1500. La ausencia de una can-

tividad importante de este material podría responder o bien a una selección de los restos que quedarían en el interior de los túmulos; o bien a ser el resultado final de un ritual funerario dilatado en el tiempo, en el que se concedió a la tumba un valor relativo y en el que pudo haber un tiempo liminal, entre el deceso y el fuego, que sirvió para la descarnación, siendo posteriormente quemadas sólo algunas partes del esqueleto. (Sopeña 2005: 237).

En *El Castillo*, al margen de encontrarse numerosos ejemplos de incineraciones secundarias, existen indicios que apuntan a la existencia de incineraciones primarias, es decir, donde la cremación del cadáver se hubiera realizado en el interior de la propia sepultura, hecho que ha sido documentado en dos yacimientos del Valle medio del Ebro, *Arroyo Vizcarra* en Urriés (Royo 1997 a: 56) y *Corral de Mola* en Uncastillo (Royo 1980: 246). Esta posibilidad se desprende de la presencia de grandes sepulturas tumulares que presentan depósitos de cenizas que en algunos casos sobrepasan los dos metros de diámetro y con un espesor que supera los 20 cms.; donde el estrato natural en el que se asienta la estructura se encuentra rubefactado, apreciándose la acción del fuego sobre los cantos rodados y sobre los adobes empleados en la construcción de las cámaras funerarias.

En la pira, al individuo le acompañaban sus objetos personales, como parte del ajuar funerario. También, en la mayoría de las sepulturas, se ha documentado la participación en el ritual de cremación de vasijas y vasos de ofrendas así como, en casos excepcionales, de una variada gama de utensilios metálicos de uso doméstico. La presencia de estos objetos está en relación directa con las libaciones y banquetes funerarios que tenían lugar en las ceremonias previas a la incineración del cadáver.

Un aspecto singular en *El Castillo* es la confirmación de que el ajuar cerámico, a excepción de las urnas cinerarias y de un número muy reducido de objetos, fue intencionadamente fragmentado. La ruptura de los recipientes tuvo que producirse, en muchos casos, durante el ritual de cremación. En numerosas ocasiones, en el proceso de reconstrucción y restauración de las piezas, se comprueba la ausencia de algunos fragmentos que no fueron recuperados tras la cremación y quedaron abandonados en el *ustrinum*. En este sentido hay un cierto paralelismo con los *silicerna* de las necrópolis ibéricas, lugares donde se depositaba la vajilla,

rota en un acto simbólico que aseguraba el final de su uso (Tortosa 2001: 32).

Al finalizar el ritual de incineración, una parte de los restos humanos eran recuperados y depositados en la necrópolis y, en un alto porcentaje de las sepulturas excavadas, fueron previamente introducidos en una urna de cerámica. También se recogían y trasladaban los objetos que formaban parte del ajuar del difunto. Alguno de ellos, fundamentalmente utensilios relacionados con el adorno y el vestido, era colocado en el interior de las urnas; los restantes, normalmente, se situaban en las inmediaciones de la urna o entre la acumulación de cenizas.

Los objetos que componían el ajuar, al margen de su trasfondo simbólico y ritual, eran reflejo del status social del individuo. En este aspecto las armas han estado asociadas a una élite de guerreros, que encabezaban la pirámide de una sociedad jerarquizada. La trascendencia de las armas explica su inutilización tras la muerte de su propietario, evitando así que pudieran ser portadas por otro individuo. En *El Castillo* se ha podido registrar esta práctica no sólo en algunas armas, como espadas o *soliferrea*, sino en otros utensilios que también debieron tener un tratamiento preferencial, los relacionados con el banquete funerario, como ocurre con alguno de los asadores. No obstante, no debemos olvidar la hipótesis apuntada por autores como Fernández Gómez, quien señala que algunas piezas como los *soliferrea* pudieron haber sido doblados no con la intención de inutilizarlos, sino para hacerlos accesibles a las dimensiones de la tumba (Fernández Gómez 1997: 99).

Del análisis preliminar de las estructuras funerarias excavadas podemos extraer datos valiosos a la hora de determinar el proceso ritual que seguía a la cremación del cadáver. Una vez seleccionado y acondicionado el lugar que debía ocupar el nuevo enterramiento dentro de la necrópolis, se realizaba, según los casos, o bien la incineración "in situ" del cadáver o bien el traslado desde el *ustrinum* y la deposición de las cenizas con el ajuar. En un número elevado de enterramientos, se colocaba la urna directamente sobre las cenizas y, a su lado, los objetos más relevantes, los que mejor reflejaban el rango social del individuo. Las urnas eran de inmediato protegidas, en ocasiones se cubrían con un sencillo túmulo de cantos rodados, en otros casos se construían cistas de adobe. La sepultura podía completarse con anillos, que tenían la doble fun-



Figura 7.- Estructuras tumulares. Campaña de 2000.

ción de delimitar el perímetro externo y de contener el relleno del espacio intermedio situado entre dichos anillos y la estructura protectora de la urna cineraria. Por último, en algunos casos, se colocaban estelas-hitos como elementos de señalización exterior.

3.2. Arquitectura funeraria

El arquetipo empleado en *El Castillo* es el túmulo, que se corresponde con la arquitectura funeraria desarrollada en el Valle Medio del Ebro, y presenta notables diferencias respecto a los denominados Campos de Urnas del litoral catalán y a los de la Meseta (Figs. 7 y 8).

La ausencia de piedra fue subsanada con la utilización de los materiales constructivos más abundantes del entorno geográfico, los cantos rodados procedentes de las terrazas fluviales y la arcilla, transformada en adobe. El empleo de adobe formando parte de estructuras funerarias tumulares fue por primera vez documentado con claridad, en el Valle Medio del Ebro, en la necrópolis de *Cabezo Ballesteros*, en Épila (Pérez Casas 1990: 117). Posteriormente la excavación y el estudio del *Cas-*



Figura 8.- Estructuras tumulares. Campaña de 2001.

tejón de Arguedas (Bienes 1993: 25) y de *Burrén y Burrena* de Fréscano (Royo y Pérez Casas 1987: 208), vinieron a corroborar su utilización en aquellas zonas pobres en piedra, que se corresponden con las áreas de ribera del Ebro. Estas investigaciones y el análisis crítico de la documentación gráfica existente, ha demostrado la presencia de estructuras tumulares de adobe en las necrópolis de *La Atalaya* de Cortes y *La Torraza* de Valtierra, que en su momento y, ante la falta de precedentes, fueron erróneamente interpretadas como elementos relacionados con la cremación de los cadáveres. Un claro ejemplo lo constituye la sepultura 42 de *La Atalaya Baja* (Maluquer de Motes y Vázquez 1956: 395)

La tipología de los túmulos es variada y compleja, aunque mantiene un rasgo en común, la tendencia a la planta circular o ligeramente ovalada. Por el momento no se han excavado túmulos que muestren una evidente propensión al cuadrado o al rectángulo. En otras necrópolis del Valle del Ebro se observa una paulatina sustitución de los túmulos de morfología circular por los de planta cuadrada o rectangular a partir del 600 a.C.; en *Cabezo Ballesteros* se observa incluso la superposición de los segundos sobre los primeros (Pérez Casas 1990: 116).



Figura 9.- Estructura funeraria 156.

3.2.1. Anillos tumulares

La diversidad de tipos de túmulos es un rasgo característico de las necrópolis del Valle medio del Ebro, algunos autores como Ignacio Royo (2000: 48) atribuyen este rasgo a la variedad de materiales empleados en la construcción de los enterramientos. *El Castillo*, con sólo una tercera parte de su superficie excavada, evidencia una extraordinaria diversidad tipológica (Fig. 11):

a) *Sepulturas de encachado tumuliforme*: una acumulación circular de cantos rodados sin una disposición predefinida cubre el depósito de cenizas y protege la urna cineraria. Es el modelo más repetido, característico en el grupo 1A del Valle medio del Ebro (*Corral de Mola*, *Cabezo Ballesteros*, etc). En la mayoría de las ocasiones el diámetro del túmulo apenas sobrepasa el metro de longitud, aunque hay casos excepcionales, como la estructura funeraria 23, con 2,5 metros de diámetro (Fig. 9).

b) *Sepulturas con anillo exterior*: en este caso el túmulo es plano, cubre la urna pero no se eleva sobre ella, y el anillo externo tiene la función de delimitar el perímetro de la estructura funeraria, así como de contener el relleno interno. En *El Castillo* pueden verse ejemplos de anillo exterior de cantos rodados, destacando las estructuras funerarias 108, 109 y 128 con diámetros superiores a los cuatro metros. También hay ejemplos de anillos exteriores de adobes; en algunos casos una única hilada delimita la estructura, pero en otras ocasiones configuran verdaderos muros con cuatro o cinco hileras de adobes colocados a soga, como ocurre en las estructuras funerarias 11 y 13. Los paralelos más cercanos los encontramos en el *Castejón* (Arguedas), *Cabezo Ballesteros* (Épila) y *Arroyo Vizcarra* (Urriés).

c) *Sepulturas con anillo doble*: se han documentado dos magníficos ejemplos, las estructuras funerarias 45 y 46. Destacan por su gran tamaño, ocho metros de diámetro. En las necrópolis del Valle medio del Ebro excavadas hasta la fecha, la aparición de estructuras de doble anillo es excepcional, el referente mejor documentado lo encontramos en *Corral de Mola* (Uncastillo) (Royo 1980: 246) (Fig. 8).

Los tres modelos descritos son los que se repiten con mayor frecuencia en esta necrópolis. Sin embargo, la combinación de las materias primas disponibles, cantos rodados y adobes, dan lugar a construcciones novedosas: sepulturas con anillo exterior de adobe y túmulo interno de cantos rodados

protegiendo la urna (estructura funeraria 30); con doble anillo, exterior de cantos rodados e interior de adobes delimitando el espacio ocupado por las cenizas y la urna (estructura funeraria 152); anillos de adobe reforzados con anillos de cantos rodados (estructura funeraria 36) (Fig. 10).

Conviene señalar las dimensiones de los enterramientos, varios de ellos superan los cuatro metros de diámetro y algunos alcanzan los ocho metros, como ocurre en otras necrópolis del Valle del Ebro, *Arroyo Vizcarra* y *Corral de Mola*. La monumentalidad de estas estructuras parece estar asociada a la categoría social del individuo, en relación con

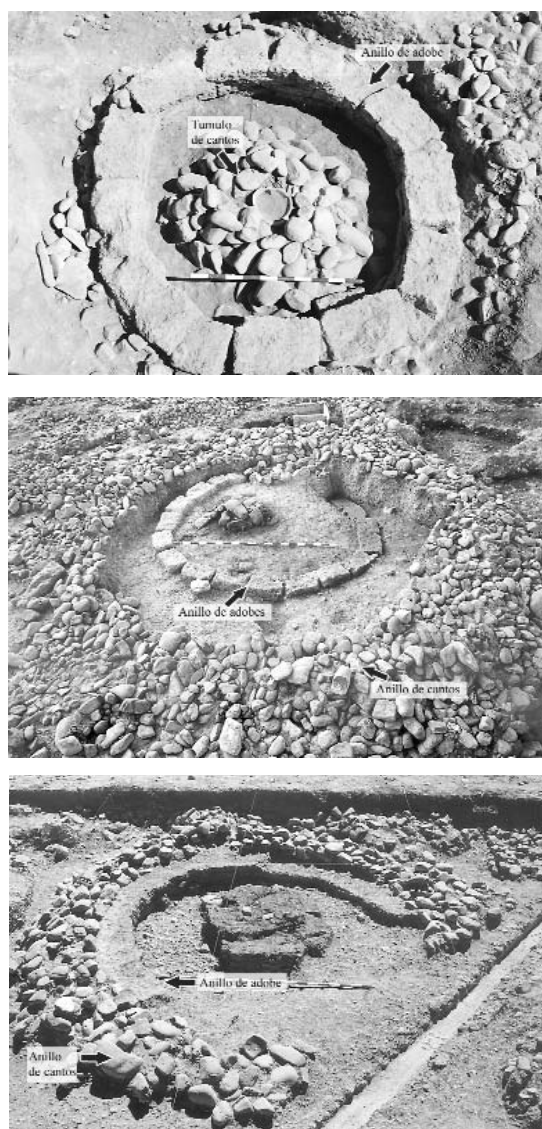
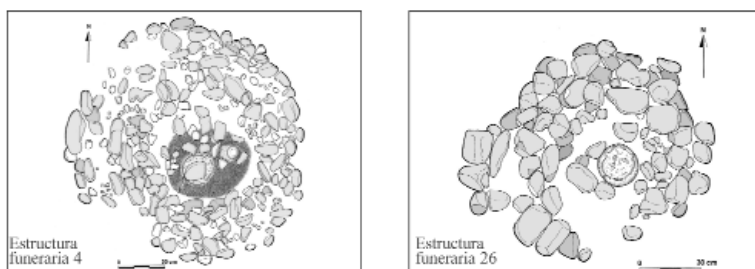


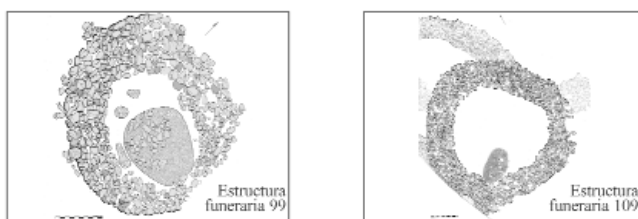
Figura 10.- Estructuras funerarias 30 (A), 152 (B) y 36 (C).

I. SEPULTURAS DE ENCACHADO TUMULIFORME.

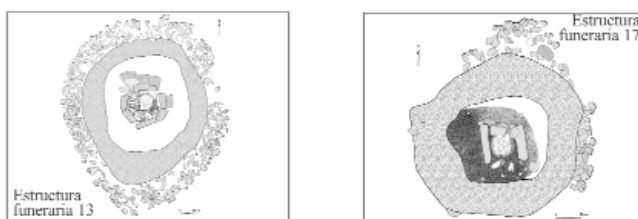


II. SEPULTURAS CON ANILLO EXTERIOR.

Anillo de cantos



Anillo de adobes



III. SEPULTURAS CON DOBLE ANILLO EXTERIOR.

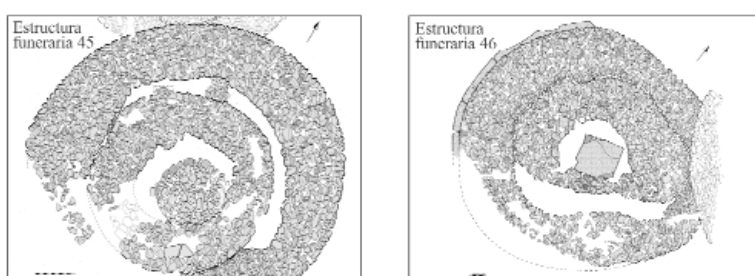


Figura 11.- Tipología de anillos tumulares.

los ajuares depositados. El mejor ejemplo lo constituye la estructura funeraria 11, con un anillo externo de adobes de ocho metros de diámetro, con cista central también de adobe y con el ajuar propio de una tumba principesca.

Autores como J. López y E. Pons (1995: 116-

117) han relacionado este tipo de construcciones con los cromlechs del Pirineo Navarro y Vasco, partiendo de la base de las similitudes técnicas y de la existencia, contrastada antropológicamente, de pueblos protohistóricos autóctonos con una larga tradición tumular, documentada desde el Bronce Medio.

3.2.2. Cámaras funerarias

La cámara funeraria es la parte del enterramiento en la que se depositan los restos de la incineración. En *El Castillo*, excepciones al margen, la práctica más extendida consistió en un ligero rebaje, habitualmente excavado en el terreno natural, en el que se acumulaban las cenizas. Los restos humanos, generalmente, se introducían en una urna de cerámica colocada directamente sobre las cenizas; en otros casos, se han encontrado dispersos entre las cenizas y el ajuar. El alojamiento practicado en el terreno natural, con distintas variantes, es la fórmula más frecuente en las necrópolis de incineración, con constantes paralelos en la Meseta, Valle del Ebro, Cataluña, etc.

Menos usual es el empleo de cistas como cámaras funerarias, pese a tratarse de un elemento que caracteriza a las necrópolis tumulares del Valle del Ebro. A diferencia de las documentadas en el Bajo Aragón o en las cuencas de los ríos Alcanadre, Cinca y Segre, las cistas de la necrópolis de *El Castillo* no están construidas con piedra. Ante la escasez de esta materia prima se recurrió al adobe. La utilización de este material en la preparación de los túmulos ha sido identificada en varias necrópolis del Valle Medio del Ebro, sin embargo son muy escasos los indicios sobre la existencia de cistas de adobe, el más reciente lo encontramos en el *Castejón* (Arguedas), donde J.J. Bienes atribuye la presencia de dos adobes paralelos a la intención de haber querido formar una pequeña cámara en el interior del túmulo (Bienes 1993: 25). Esta hipótesis, también apuntada en *La Atalaya* de Cortes, se ve totalmente confirmada en la necrópolis de *El Castillo*.

En contraste con el *Castejón*, las cistas excavadas (excepto las situadas en las sepulturas 46 y 106) albergan en su interior urnas de cerámica a mano. Las dimensiones y la morfología se encuentran en estrecha relación con el espacio ocupado por la propia urna y por los objetos del ajuar que, a menudo, se colocaban adosados a ella. Así, se documentaron cistas rectangulares, pentagonales o hexagonales, adaptándose al volumen y la morfología de los elementos depositados en su interior. En ocasiones los adobes estaban deformados para ajustarse a la superficie de la cámara funeraria, por lo que resulta evidente que debieron elaborarse durante el ritual funerario y fueron colocados sin dejarlos secar. En algunas sepulturas los adobes presentaban huellas de haber soportado cierto grado de cocción manifestado en un cambio acusado de coloración

de la cara externa a la cara interna, fundamentalmente en las zonas que se encontraban en contacto con el depósito de cenizas. Esto demuestra que la construcción de la cista y, posteriormente, del resto de la estructura tumular, se realizaba con las cenizas incandescentes.

3.2.3. El relleno tumular

Constituye un elemento importante en la construcción de estructuras tumulares, ya que su misión era proteger la cámara funeraria. Los rellenos varían en gran medida dependiendo del contexto geológico en el que se sitúa la necrópolis. En *El Castillo* destaca la presencia, en un número elevado de enterramientos, de un relleno de matriz arcillosa con tonalidades anaranjadas y rojizas que no provenía de los terrenos emplazados en los alrededores de la necrópolis, sino de un aporte externo. Su procedencia puede estar en relación con el río Ebro y con sus depósitos aluviales en forma de estratos de limos y arcillas. Este sedimento es arqueológicamente estéril y únicamente contiene gravas de pequeño tamaño.

3.2.4. Estelas de señalización exterior

Los elementos de señalización exterior en las necrópolis de incineración indican la presencia de una sepultura o de un grupo de sepulturas. No cabe duda de que se encuentran relacionados con el ritual funerario e incluso, como apuntan diversos autores, es muy probable que desempeñaran un papel de cierta diferenciación social en la organización de la propia necrópolis (Rafel y Hernández 1992; Royo 1994-1996).

En *El Castillo* se han localizado varias estelas elaboradas en roca arenisca y caliza. La escasez de piedra en el entorno y su ausencia como materia prima en las estructuras funerarias han facilitado su identificación. El correspondiente análisis petrológico de estos objetos permitirá en el futuro detectar el lugar o los lugares de aprovisionamiento.

Las estelas halladas tienen morfología prismática rectangular con una talla tosca que regulariza tanto las aristas como la superficie de ambas caras. Por el momento no se han identificado grabados aunque, en muchos casos, diferentes concreciones adosadas a su superficie no permiten un análisis minucioso.

En lo referente a la colocación de las estelas, su ubicación más habitual es en el anillo exterior del túmulo, en un disposición similar a la documenta-

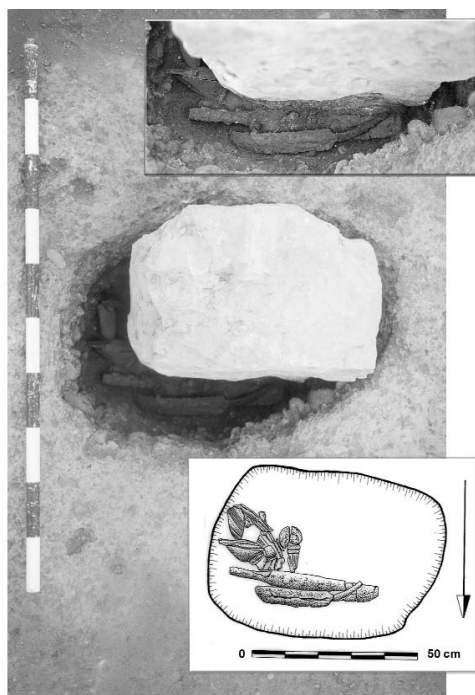


Figura 12.- Estructura funeraria 167.

da en *Los Castelletts II* de Mequinenza (Royo 1994: 124). Aunque existen excepciones, en la estructura funeraria 45 de doble anillo de cantos, las estelas localizadas se ubican en el anillo interno; en la sepultura 167 ocupa el centro de la estructura, para ello se practicó un rebaje en el terreno natural de 40 cms. y en él se alojó la estela y, adosados a ella, fueron depositados diversos objetos de metal (puntas de lanza, caldero de bronce, fíbula de pie vuelto, una espada de La Tène, etc). Ejemplos próximos de esta última ubicación los encontramos en *La Colomina* en Gerp (Lérida) (Rafel y Hernández 1992: 48) o en *Coll del Moro* de Gandesa (Tarragona) (Rafel y Hernández 1992) (Fig. 12).

A pesar de no tratarse de un fenómeno generalizado en las necrópolis de incineración, la presencia de estelas está documentada en muy distintas áreas de la geografía peninsular. A la vista de los últimos estudios y de las excavaciones más recientes, es probable que la escasez de elementos de señalización no se deba a la ausencia real de los mismos, sino a causas muy diversas que no han permitido su identificación: la relativa antigüedad de una gran parte de las excavaciones de necrópolis de Campos de Urnas, unida a la utilización de métodos nada meticulosos; la reutilización de estos elementos como material constructivo en épocas pos-

teriores; las labores de roturación, repoblación forestal, etc.

3.3. Ajuares funerarios

La singularidad de la necrópolis de *El Castillo* estriba en el excepcional estado de conservación de las estructuras tumulares funerarias y en la riqueza y complejidad de sus ajuares, consecuencia directa de su situación geográfica, en una zona de conexión entre el horizonte de los tradicionalmente denominados Campos de Urnas del Nordeste (Ruiz Zapatero 1985), los Túmulos del Valle del Ebro (Royo 1992-93), las necrópolis celtibéricas meseteñas (García-Soto 1990) y las necrópolis ibéricas del Levante (Burillo 1991).

En la superficie intervenida se ha podido documentar, no sólo una variedad de tipos diferentes de estructuras tumulares, sino también una gran diversidad morfológica, tecnológica y tipológica en los objetos depositados en su interior y que componen el ajuar funerario. Esto, sin embargo, no impide que una serie de piezas muy características se repitan continuamente en la mayoría los enterramientos. Así, en un elevado porcentaje de las estructuras tumulares intactas, aparece al menos la urna funeraria, una copa de cerámica a mano, una tapadera, un cuenco o catino de fondo plano y algún objeto de adorno personal (Fig. 13).

En la necrópolis conviven enterramientos de reducidas dimensiones y ajuares sencillos, con otros de gran tamaño, de compleja arquitectura y con ajuares en los que aparecen objetos considerados como elementos de jerarquización y distinción social. En algunos casos, como en la estructura funeraria 11, la extraordinaria abundancia de materiales recuperados y la calidad de las piezas halladas, nos lleva a catalogarlas como tumbas principescas (Fig.

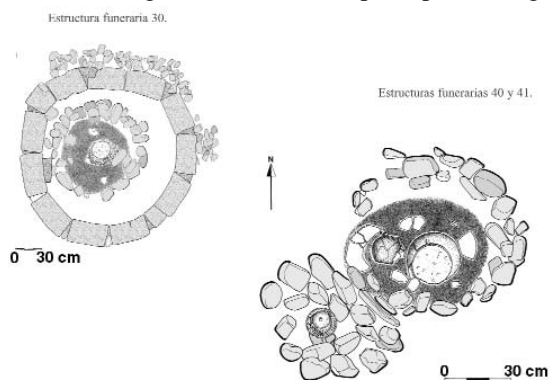
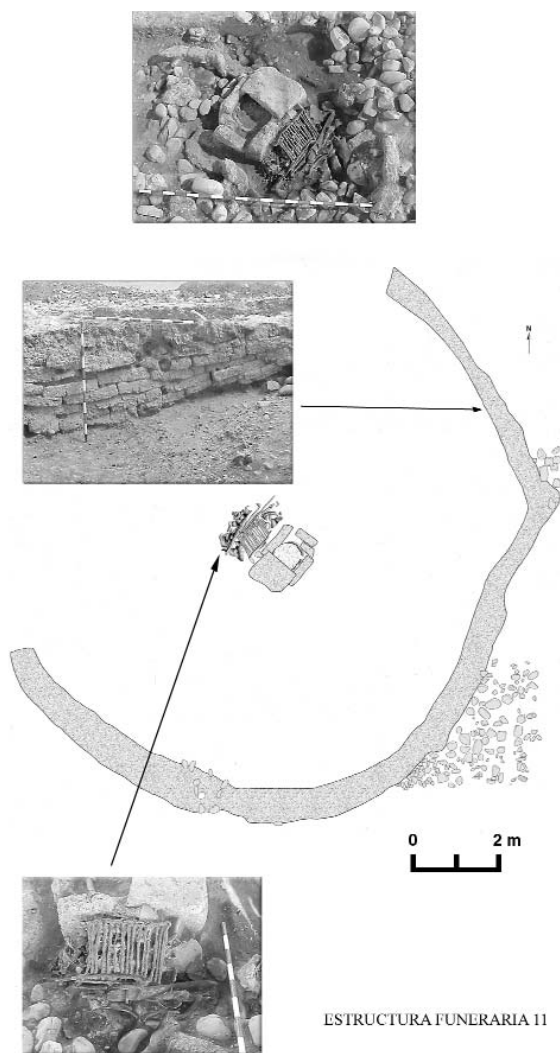


Figura 13.- Estructuras funerarias 30, 40 y 41.



ESTRUCTURA FUNERARIA 11

Figura 14.- Estructura funeraria 11.

14). La aparición de este tipo de sepulturas en el Valle del Ebro se ha fechado entre los momentos finales de los Campos de Urnas y la cultura ibérica, aunque en ellas se observa también una fuerte influencia continental (Royo 2000: 56).

3.3.1. Ajuar cerámico

La presencia de cerámica a torno es escasa, pero muy significativa desde el punto de vista cronológico, encontrando paralelos en los ambientes del Ibérico Antiguo. La mayor parte de los materiales recuperados son de cerámica manufacturada, atendiendo a su funcionalidad, diferenciaremos los recipientes utilizados como urna cineraria de las vasijas y vasos de ofrendas que fueron depositados como parte del ajuar del difunto.

Urnas cinerarias

Los recipientes fueron colocados sobre el depósito de cenizas y protegidos por túmulos de cantos rodados o por cistas de adobe. Salvo algún caso puntual no llevaban tapadera, debido a que la propia cámara funeraria cumpliría la misión de sellar la urna. En su interior se alojaban una parte de los restos humanos del individuo recuperados tras la incineración, y algún objeto del vestido o de adorno personal (cuentas de collar, pulseras, fíbulas, colgantes, etc). La presencia de estos objetos en el interior de la urna ha sido atribuida en algunos yacimientos, como *La Atalaya* (Maluquer de Motes y Vázquez 1957: 394) o *Mallén* (Royo 1986 a: 49), al descuido en la forma de recoger los restos de la cremación más que a un rito voluntario. Sin embargo, en *El Castillo* se observa una clara intencionalidad en su ubicación, demostrada por el elevado porcentaje que contienen objetos de vestido y/o de adorno y por la reciente aparición, en la estructura funeraria 152, de una urna en cuyo interior se depositaron todos los objetos de vestido y de adorno que formaban parte del ajuar del difunto: pendientes de oro, anillos de plata, pulsera, broches de cinturón, fíbulas, etc. Su situación dentro de la urna puede deberse a aspectos relacionados con el ritual funerario que no alcanzamos a descifrar.

Existen algunos ejemplos de estructuras tumulares en las que se utilizaron vasijas a torno como urna cineraria. El más singular y reciente es el de la sepultura 151, donde se recuperó una urna completa de orejetas, ejemplar poco frecuente y hasta el momento inédito en Navarra. El referente más cercano y de mayor similitud tipológica lo encontramos en la necrópolis de *La Torraza* de Valtierra, donde entre los materiales de superficie se recuperó una tapadera de una urna de similares características (Maluquer de Motes 1957: 249, Lám. VI). Ejemplos más alejados los encontramos en el Valle del río Huerva, en el yacimiento del *Castillo de Cuarte* (Zaragoza) (Burillo y Royo 1994-96: 392), o en la necrópolis del *Llano de la Consolación* (Albacete). Se trata de un vaso típico del horizonte del Ibérico Antiguo, fechado desde mediados del siglo VI al siglo V a.C., y constituye uno de los ejemplos más occidentales de este tipo cerámico.

También se ha documentado el empleo de recipientes de metal como urna funeraria. Su presencia es poco frecuente y los paralelos más cercanos los encontramos en la Meseta, en las necrópolis de *El Raso* (Ávila) y *La Osera* (Ávila). Pero a diferencia

de ellos, no se trata de urnas de bronce roblonadas, sino de ejemplares que guardan una mayor similitud con los llamados “braserillos de manos” o aguamaniles. Se trata de un objeto con amplia difusión peninsular, sobre todo en su mitad meridional. Las piezas mejor conservadas proceden de la necrópolis de *La Joya* (Huelva) (Garrido 1970: 28, 65) y las más cercanas de *El Raso* (Ávila) (Fernández Gómez 1997: 93) y *Cancho Roano* (Badajoz) (Celestino y Jiménez 1993: 90). En *El Castillo* contamos hasta la fecha con dos ejemplares, uno utilizado como urna en la estructura funeraria 45 y el otro, que en origen debió tener la misma finalidad, se encontró desplazado por una reutilización posterior en una esquina de la cista de adobes de la sepultura 46.

Excepciones al margen, la mayoría de las urnas son de cerámica a mano, bien decantadas, de tonalidades predominantemente oscuras y con la única decoración, en algunos casos, de una línea de pequeños apliques circulares a la altura de la carena. Las superficies están muy cuidadas, abundan las urnas espatuladas-bruñidas y las grafitadas, técnica que proviene del sur de Francia.

Los perfiles de las vasijas presentan una gran variedad. Abundan las urnas bitroncocónicas, las de cuello cilíndrico más o menos desarrollado y cuerpo globular, las de perfiles en S, y las vasijas en forma de copa y con pie muy desarrollado (Fig. 15). Tipológicamente guardan relación con las necrópolis aquitanas y con paralelos más cercanos del Valle medio del Ebro (*Cabezo Ballesteros*, *La Atalaya*, *Castejón*, *La Torraza*). En *El Castillo* se observan algunos elementos novedosos: la presencia de un motivo decorativo, los apliques circulares, que se repite en un número considerable de urnas; y el excepcional tamaño de un modelo de vasija en forma de copa que se encuentra siempre asociada a estructuras tumulares complejas y de gran tamaño, con presencia de anillos exteriores de adobe, cistas y un ajuar destacado.

Vasijas y vasos de ofrendas

Acompañan a la urna formando parte del depósito de cenizas. En ocasiones participaron del ritual de cremación, apreciándose el efecto del fuego sobre su superficie. Fueron intencionadamente fragmentados y, es muy posible, que este hecho formara parte del propio ritual. Esto explica que aparezcan los fragmentos dispersos entre las cenizas y que se reconstruyan un número reducido de vasijas



Figura 15.- Distintos recipientes utilizados como urnas cinerarias.

completas, es habitual la ausencia de algún fragmento que no llegó a recuperarse y que quedaría en el interior del *ustrinum*.

Uno de los recipientes más abundantes son los cuencos de perfil troncocónico y fondo plano, presente en la mayoría de las estructuras funerarias intactas excavadas. Son lisos, sin ningún motivo decorativo, y con las superficies pulidas. Es una forma común en las necrópolis y de amplia cronología. En ocasiones han aparecido utilizados como tapadera de la propia urna. En este caso se encuentran fragmentados entre las cenizas y desconocemos el papel que pudieron desempeñar durante los rituales de incineración. Hay autores como Fernando Fernández Gómez (1997: 105) que señalan su posible utilización como vasos portadores de luz, por ser los que mejor se adaptan para cumplir este fin (Fig. 16A).

Otra forma muy abundante son las copas, con pie desarrollado, superficies toscas alisadas y de una riqueza decorativa inusual en el área del Valle Medio del Ebro. Además de los característicos apliques plásticos con cordones digitados y de las superficies peinadas, se unen y se combinan todo tipo de incisiones y apliques formando motivos geométricos, siendo la greca el más repetido (Fig. 16B).

Asociadas a estas copas, aparecen gran cantidad de tapaderas. La relación entre ambos recipientes se basa en la coincidencia de sus diámetros y en haber documentado “in situ” un caso de copa de cerámica decorada que llevaba su correspondiente tapadera (estructura funeraria 41). Todas ellas tienen una pequeña perforación y botón central, hueco o macizo, que en los casos más notables se transforma en prótomo de caballo. Este modelo tiene paralelos en la cercana necrópolis de *La Torraza* de Valtierra y en el yacimiento de *El Castillo de Reillo*



Figura 16.- Vasijas y vasos de ofrendas: cuencos (A), copas con pie desarrollado (B), tapaderas (C) y vasitos de ofrendas (D).

(Cuenca), aunque en este último caso la figura zoomorfa representada fue el carnero (Maderuelo y Pastor 1881: 165) (Fig. 16C).

El último grupo numeroso lo constituyen los vasitos de ofrendas, generalmente con superficies pulidas y lisas, sin decoración. Con la salvedad del hallazgo de un ejemplar de estas características, con incrustación de pequeñas arandelas de hueso (Fig. 16D).

3.3.2. Ajuar metálico

Los objetos de metal son muy abundantes en los ajuares de las estructuras tumulares de *El Castillo*. El bronce sigue ocupando un papel muy destacado, fundamentalmente en la fabricación de objetos de adorno personal y en algunos utensilios cotidianos (asadores, calderos, coladores, etc). Sin embargo, también se observa el uso generalizado del hierro, con carácter casi exclusivo en la producción de armamento (espadas, *soliferrea*, puntas de lanza, cuchillos, regatones, piezas del escudo, bridones o bocados de caballo, etc). El hierro se emplea además en la obtención de piezas relacionadas con el banquete funerario (parrillas, trébede, ganchos para la carne, etc) e incluso hay objetos en los que se comparte su uso con el bronce, como ocurre en las fíbulas.

El desarrollo de la metalurgia del hierro en esta área geográfica estuvo ligado al aprovechamiento de los recursos mineros del Sistema Ibérico en general, y del Moncayo en particular. Habitualmente al auge de la utilización del hierro, cuyo uso se generaliza en el Valle del Ebro a partir del 600/550 a. C., le acompaña una mayor riqueza en los ajuares, plasmado en el incremento de las armas, la abundancia y variedad de objetos de adorno y la mayor presencia de piezas en plata e incluso en oro.

Basándonos en criterios de funcionalidad analizaremos sistemáticamente el armamento, los utensilios cotidianos relacionados con el banquete funerario, los objetos del vestido y los objetos de adorno.

Armamento

Las fuentes clásicas señalan que los diferentes grupos étnicos que habitaban el área geográfica del Valle Medio del Ebro se caracterizaron por el marcado carácter militarista de su sociedad, en la que los ideales guerreros desempeñaban un papel muy importante. Así lo atestigua la existencia de una verdadera élite de *equites* a partir del siglo V a.C. La guerra era un modo de conseguir prestigio y ri-

quezas, y por esa razón la muerte en combate era considerada gloriosa, frente a la muerte por enfermedad que se tenía por vergonzosa (Sopeña 2005). El guerrero era una persona de status social elevado y las armas, sin lugar a duda, un elemento de prestigio. Por eso, en muchas ocasiones, tras la muerte del guerrero las armas eran dobladas con el fin de que quedaran inutilizadas, evitando de ese modo que otra persona pudiera usarlas. La Primera Edad del Hierro se caracteriza por el empleo de un armamento ofensivo compuesto fundamentalmente por espada y lanza. Serán las aportaciones de los celtas de La Tène las que potencien el uso de armamento defensivo.

Armas defensivas. No es frecuente el hallazgo de restos arqueológicos relacionados con el armamento defensivo, debido a que estos objetos fueron realizados, en su mayoría, con materiales perecederos, según se deduce de las fuentes clásicas y de las representaciones iconográficas. Por el momento se ha identificado un posible umbo en la estructura funeraria 13, una pieza metálica que se colocaba en el centro del escudo para proteger la mano del guerrero; algunos clavos y varias presillas.

Armas ofensivas. La presencia de armas de ataque es más habitual en las necrópolis, sobre todo tras la generalización del uso del hierro. Se pueden distinguir dos grandes grupos: las armas arrojadas (*soliferrea*, *pilum*, puntas de lanza, regatones, etc.) y el armamento complejo empleado en el combate cuerpo a cuerpo (espadas, puñales y cuchillos) (Fig. 17).

Puntas de lanza: es el arma más genuina, como lo atestigua el elevado número de ejemplares hallados. En los ajuares funerarios aparecen, en ocasiones, como armas exclusivas. Así ocurre en la estructura funeraria 2. Todas las localizadas hasta la fecha son de hierro y con empuñadura tubular, con tamaños variados, destacando algún ejemplar con hoja muy desarrollada y con nervio central muy marcado.

Regatones: con empuñadura de tubo, su presencia suele estar acompañada de puntas de lanza.

Soliferrea: son piezas fabricadas en su totalidad en hierro, con una longitud de 160 a 200 cms. Es un arma pesada, diseñada para ser arrojada a corta distancia o usada a modo de jabalina. Aunque existen ejemplares procedentes de *Cabezo Ballesteros* y pese a que los más antiguos se fechan al norte de los Pirineos, se trata de un objeto poco frecuente en el Valle del Ebro, sin embargo prolifera en las necrópolis de la Meseta, con ejemplos documentados en necrópolis como *El Raso*, *Carratiermes*, *Ucero*, *Numancia*, etc.



Figura 17.- Distintos ejemplares de armas ofensivas encontradas en la Necrópolis de El Castillo.

Espadas: es el arma más empleada en el combate cuerpo a cuerpo. En la necrópolis de *El Castillo* se han recuperado en la estructura funeraria 11 dos espadas muy diferentes, consecuencia de muy distintas influencias e intercambios:

- **Falcata:** espada de hoja curva bastante corta, en torno a cincuenta centímetros de longitud, asimétrica y de anchura cambiante. Su dorso es convexo y forma una sola curva, mientras que el filo principal es cóncavo en la zona de la empuñadura y convexo hacia la punta, con un doble filo, lo que la hace capaz de asestar golpes tajantes y punzantes. Es el arma característica y más conocida de la cultura ibérica. Se trata del primer ejemplar documentado en el Valle Medio del Ebro, resultado indudable de la influencia o el comercio con los íberos.

- **Espada maciza de La Tène:** es de mayores dimensiones y peso. Este modelo de espada tiene su origen en Centroeuropa y llega a la Península tras la segunda oleada de pueblos celtas. El período de mayor difusión de este tipo de arma se produce hacia el siglo IV a.C. También se conserva un ejemplar de tamaño más reducido con vaina de hierro fundida a la hoja, con referentes cercanos en la necrópolis de *Busal* en Uncastillo y de *Les Ombries* en Calaceite, fechados en los siglos IV y V a.C., respectivamente.

Cuchillos afalcados: aparecen en varias estructuras tumulares. Tienen el filo principal cóncavo en la zona de la empuñadura y convexo hacia la punta, a semejanza de las falcatas. Se trata de utensilios multifuncionales, empleados o bien como parte de la panoplia del guerrero, o como herramienta culinaria. Así queda constatado en la representación de una escena que muestra el sacrificio de un jabalí en el monumento funerario ibérico de *Pozo de Moro* en Chinchilla (Albacete). Los ejemplares do-

cumentados más próximos lo encontramos en *Cabezo Ballesteros* en Épila.

En ocasiones excepcionales, asociados a los depósitos de armas, aparecen una serie de objetos relacionados con la caballería, los *arreos o bocados de caballo*. Esta pieza resulta básica, ya que permite el control del animal mediante un sistema de presiones y tensiones ejercidas sobre la boca. En la estructura funeraria 11 se depositaron dos filetes o embocaduras que podrían corresponder o bien a bocados sencillos o bien a bocados de aros. Entre el siglo VI y III a.C., en el territorio ibérico, el caballo era un importante símbolo del estatus, sin embargo su uso estaría limitado a los elementos dominantes de la sociedad, las élites ecuestres. Por ello se recuperan en las necrópolis un número muy reducido de arreos de caballos, apareciendo siempre asociados a las tumbas más importantes (Quezada 1997: 190).

Utensilios metálicos relacionados con el banquete funerario

El banquete funerario es una costumbre que se constata desde la Prehistoria y que, de una u otra forma, ha perdurado hasta nuestros días. Este ritual se acrecienta en el mundo clásico, y así aparecen descritos por Homero grandes banquetes en los entierros de los héroes en la *Ilíada*. En el ámbito geográfico que nos ocupa, las influencias célticas introdujeron el rito de cremación asociado al culto del hogar doméstico (Almagro Gorbea 2005: 33).

Hasta la fecha la abundancia, en algunas necrópolis, de vasijas y vasos de ofrendas contrastaba con el escaso número de objetos de metal relacionados con el banquete funerario. En este sentido, la necrópolis de *El Castillo* constituye un caso realmente excepcional, tanto por el número de objetos recuperados como por su variedad: calderos de bronce, asadores, ganchos para la carne, parrillas, cazo, trébede, colador y otros (Fig. 18).

Destacan dos ejemplares de asadores de bronce y otros dos de parrillas de hierro. De los primeros tenemos paralelos en el sur de la península, sobre todo en el Bajo Guadalquivir. Sin embargo también encontramos ejemplares más cercanos, como los de *Cancho Roano* y *Zalamea de la Serena* (Badajoz) (Almagro Gorbea 1974) o los de *El Raso* (Ávila) (Fernández Gómez 1997: 92).

En cuanto a las parrillas, hay constancia de su utilización en el mundo ibérico y en el celtibérico, como técnica de asado sin contacto directo con las

brasas. Hasta el momento únicamente en la Meseta habían sido documentadas en un contexto funerario, aunque se trata de parrillas de reducidas dimensiones y carácter votivo. Las de la necrópolis de *El Castillo*, en cambio, son de grandes dimensiones y presentan complicados trabajos de forja.

Las estructuras tumulares 11 y 13 son las que han aportado un mayor número de utensilios relacionados con el banquete funerario.

Objetos del vestido

Uno de los objetos que con mayor frecuencia se encuentra representado en las estructuras tumulares excavadas, es la fíbula. Hay numerosos ejemplares de fíbulas de disco o “navarro-aquitanas”, caracterizadas por sustituir el muelle por una larga varilla cilíndrica o cuadrangular decorada en sus extremos por discos biconvexos. También se documentan varios ejemplares de fíbula de placa, de pie vuelto con botón terminal, fíbulas de La Tène y otros (Fig. 19).

Entre los broches de cinturón recuperados existen ejemplares de placa rectangular con escotaduras abiertas y cerradas, con uno o tres garfios. Suelen ir decorados con líneas incisas y círculos concéntricos, llevando remaches decorativos. También se han encontrado varias piezas hembra de morfología serpentiforme, pertenecientes a la parte contraria del cinturón. En la estructura funeraria 110, en el interior del depósito de cenizas, se localizaron las dos partes de un mismo broche.

Objetos de adorno

El empleo de elementos de adorno es connatural a la especie humana. Con el dominio del metal se

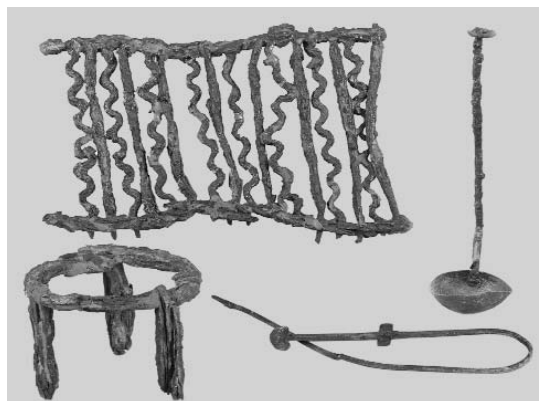


Figura 18.- Utensilios metálicos domésticos relacionados con el banquete funerario: Parrilla, trébede, cazo y asador.

diversifican las piezas de aderezo y se abre un gran abanico de posibilidades decorativas. En el Valle del Ebro durante el final de la I Edad del Hierro y la II Edad del Hierro, a los objetos de producción indígena se les une una variada gama de productos que manifiestan la existencia de relaciones comerciales y culturales tanto con pueblos de la Meseta como con pueblos del sur peninsular, y a través de

ellos, con los colonizadores del Mediterráneo Oriental (Fig. 20).

El metal más utilizado en la fabricación de piezas de adorno es el bronce, pero es muy significativa la existencia de objetos de plata y oro. La presencia de objetos de orfebrería ya se había documentado en las necrópolis más próximas, tanto en *La Atalaya*, como el *Castejón* y en *Cabezo Ballesteros*. En *El Castillo* se han recuperado varias arracadas de oro de forma amorcillada. Existen ejemplares fabricados en aleaciones de plata y oro, con un referente de similares características en *Cabezo Ballesteros*. También destaca la presencia, en el interior de una urna cineraria, de un pequeño colgante de oro esférico, hueco y construido sobre una lámina de metal muy delgada. Ejemplares muy parecidos se encuentran en *Cancho Roano* (Badajoz), *El Raso* (Ávila) y en *La Joya* (Huelva). Así mismo,



Figura 19.- Adornos de vestido: fibulas (A y B) y broches de cinturón (C y D).

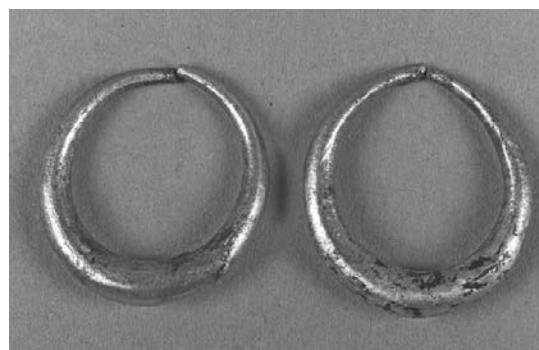


Figura 20.- Objetos de adorno: zoomorfo (A), torques, pulseras y escarabeos (B) y arracadas de oro (C).

se han recuperado arracadas y anillos de plata y, recientemente, un ejemplar de vaso argénteo de ofrendas decorado con cabezas cortadas, una iconografía característica de los rituales célticos (Almagro Gorbea y Lorrio 1992).

Los objetos de adorno son, sin duda, los más abundantes en la necrópolis de *El Castillo*, y también los más variados: pulseras, brazaletes, torques, cuentas de collar, diademas, colgantes y otros. En ocasiones, al margen del empleo predominante del bronce, utilizaron materias primas no metálicas para su elaboración. Así encontramos colgantes y cuentas de collar de piedra, hueso o pasta vítrea. La diversidad en el empleo de materias primas y el elevado número de piezas catalogadas han dilatado los trabajos de consolidación y restauración, que todavía continúan en curso, por lo que todavía no ha sido posible iniciar un estudio detallado de estos materiales.

4. Valoración y cronología

Los movimientos culturales europeos generalizan el rito funerario de la incineración a partir del siglo XII a.C. En el área que nos ocupa las innovaciones transpirenaicas penetran desde el sur de Francia, fundamentalmente desde Aquitania, y siguen un proceso lento de avance hacia el interior del Valle del Ebro.

El fenómeno tumular en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro del Valle del Ebro es un elemento cultural propio, parte de los pueblos protohistóricos autóctonos, con una larga tradición en las construcciones tumulares, documentadas desde el Bronce Medio y con raíces en el Neolítico Final.

Sobre el sustrato indígena se superpusieron, desde el Bronce Final y durante la Primera Edad del Hierro, elementos externos procedentes de aportes culturales y poblacionales de tipo céltico; de influencias culturales de la costa mediterránea y del sur de Francia, de la zona aquitana. Un proceso que culminará en el Valle Medio del Ebro con el comienzo del Ibérico Antiguo a partir del 550/500 a.C.

Del análisis preliminar, tanto de las estructuras tumulares como de los ajuares funerarios, se desprende el uso de la necrópolis de *El Castillo* durante un momento trascendental, entre el final de la Primera Edad del Hierro y el inicio del Ibérico Antiguo. Probablemente el período de máxima expansión podría situarse entre la segunda mitad del s. VI y el siglo IV a.C. Atendiendo a la periodización señalada para las necrópolis del río Huecha, las mejor sistematizadas del Valle del Ebro y las que, junto a *Cabezo Ballesteros*, permiten establecer una secuencia crono-cultural de las necrópolis tumulares del Valle medio del Ebro, debemos incluir *El Castillo* fundamentalmente en la Fase final, Campos de Urnas Tardíos (500 -350 a.C.).

En el transcurso de la intervención de la campaña de 2001 se observaron variaciones significativas con respecto al área excavada en 2000, tanto en la construcción de las estructuras tumulares, como en los ajuares depositados. En el área sur, en los anillos exteriores predominan, formando parte de los anillos tumulares, los cantos rodados, e incluso aparecieron dos sepulturas (estructuras funerarias 45 y 46) con doble anillo de cantos; hay una ausencia de urnas cinerarias de cerámica que en algunos casos son sustituidas por recipientes de metal, como en la estructura funeraria 45, y en otros casos los restos humanos se encuentran o bien concentrados, como si hubieran sido depositados en un recipiente que no se ha conservado, o bien dispersos por el depósito de cenizas; por último también se observan diferencias en los ajuares, descienden el número de vasijas y vasos de ofrendas, proliferan los objetos de adorno y no aparecen armas, a excepción de algunos ejemplares de los multifuncionales cuchillos afalcatados. Los datos expuestos apuntan a la existencia de un espacio funerario más antiguo, con unas características diferentes. No obstante, las futuras intervenciones arqueológicas, así como los estudios, dataciones y análisis pertinentes, permitirán determinar con exactitud si la diferenciación atiende a las mencionadas razones cronológicas, o a otras de tipo social, de género o de diferenciación de grupos.

NOTAS

1. El proyecto desarrollado durante los últimos años en la necrópolis de *El Castillo* no hubiera sido posible sin la participación de un gran número de profesionales a los que agradecemos su dedicación y esfuerzo.

ARQUEÓLOGOS: Eduardo Armendáriz, María Elvira, Ande Erce, Rafael Fernández, Nerea Fillat, M^a del Mar Galañena, Aitziber García, Jesús García, Leticia Guisado, Teresa Lacosta, Olaia Nagore, Rubén Peláez, Raquel Poveda, Jesús Sesma, Javier Tajadura, Raquel Unanua, Nicolás Zuazua, Carlos Zuza.

RESTAURADORAS: Berta Balduz, Gabriela Barrio, Gemma Labayen, Gemma Moreno, Eva Pereda.

ARQUEÓLOGOS RESPONSABLES DE PLANIMETRÍAS Y DIBUJOS: Amparo Laborda, Mariano Sinués.

ALUMNOS DEL TALLER DE EMPLEO: Eduardo Apastegui, Maite Berruezo, Ana M^a Cerdán, Inmaculada Crespo, Mirian Crespo, Pilar Edo, Blanca Etxeberria, Idoia Iturri, M^a Victoria Landa, Olga Navarro, Maite Otermin, Nerea Remírez, Salvador Remírez, Lidia Ria, Arturo Serrano, María Pura Tellechea, Ana Isabel Ultra, Natxo Urrutia.

Asimismo queremos expresar nuestra gratitud a J.I.Royo, por su inestimable ayuda y su apoyo.

2. Se ha documentado la continuidad del uso del espacio funerario en época romana, en relación con el asentamiento romano del Montecillo, y la presencia de sepulturas de inhumación, aunque no son objeto de este estudio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO BASCH, M. (1954): *Sobre el origen de la fíbula anular hispánica*. Archivo de Prehistoria Levantina V. Valencia.
- ALMAGRO GORBEA, M. (2005): Los Celtas en la Península Ibérica. En A. Jimeno (ed.): *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*. Junta de Castilla y León, Soria: 29-37.
- ALMAGRO GORBEA, M.; LORRIO ALVARADO, A. (1992): Representaciones humanas en el Arte céltico de la Península Ibérica. *II Symposium de Arqueología Soriana*, 1989, Vol. 1, Soria.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1974): *Las fíbulas de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara)*. Trabajos de Prehistoria, Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1986-1987): Hacia una clasificación tipológica y cronológica de las Fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Norte. *Zephyrus XXXIX-XL*, Salamanca.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cultural y cronológica*. Excavaciones Arqueológicas en España 168, Madrid.
- ARGENTE, J.L.; DÍAZ, A.; BESCÓS, A. (2000): *Tiermes V. Carratiermes. Necrópolis celtibérica*. Arqueología en Castilla y León 9, Memorias. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- BIENES, J.J. (1993): La necrópolis celta de Arguedas. Primeros datos sobre las campañas de excavación de 1989-1990. *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, 6: 19-30.
- BIENES, J.J. (1994): La necrópolis celta de Arguedas. Primeros datos sobre las campañas de excavación de 1989-1990. *III Congreso General de Historia de Navarra. Ponencia I*, Pamplona: 1-13.
- BIENES, J.J. (1996): La necrópolis de El Castejón, Arguedas. *Trabajos de arqueología de Navarra*, 12: 308-309.
- BLÁZQUEZ, J.M. (1958): Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica. *Latomus* 19.
- BURILLO, F. (1977): Materiales de la Primera Edad del Hierro aparecidos en el "Busal" (Uncastillo, Zaragoza). *Estudios III*, Zaragoza: 51-67.
- BURILLO, F. (1989-90): La crisis del Ibérico Antiguo y su incidencia sobre los Campos de Urnas finales del Bajo Aragón. *Kalathos*, 9-10: 95-124.
- BURILLO, F. (1991): Las necrópolis de época ibérica y el ritual de la muerte en el valle medio del Ebro. *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis. Serie Varia I*, Madrid: 563-585.
- BURILLO, F.; ROYO J.I. (1994-1996): El yacimiento del Castillo de Cuarte (Zaragoza) y su contribución al conocimiento del inicio del Ibérico Pleno en el Valle medio del Ebro. *Taules Rodones d'Arqueología. Actes. Gala 3-5*, Sant Feliu de Codines (Barcelona): 387-397.
- CASTIELLA, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Excavaciones en Navarra VIII, Pamplona.
- CELESTINO PÉREZ, S.; JIMÉNEZ ÁVILA, F.J. (1993): *El palacio-santuario de Cancho Roano. IV. El Sector Norte*. Badajoz, Gil Santacruz.
- CERDEÑO, M^aL. (1991): Necrópolis célticas, celtibéricas e ibéricas: una visión de conjunto. *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis. Universidad Autónoma de Madrid. Varia I*, Madrid: 473-508.
- CUADRADO, E. (1987): *La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo" (Mula, Murcia)*. Biblioteca Prehistórica Hispana 23, Murcia.

- CHAPA BRUNET, T. (1984): *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J.; MADRIGAL, A.; LÓPEZ, M.T. (1991): *La sepultura 11/145 de la necrópolis ibérica de los Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén)*. Trabajos de Prehistoria, 48: 333-348.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1997): *La Necrópolis de la Edad del Hierro de "El Raso"*. (Candeleda. Ávila). "Las Guijas, B". Arqueología en Castilla y León 4, Memorias. Junta de Castilla y León, Zamora.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E. (1990): Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero. *II Symposium sobre los Celtíberos*, Zaragoza.
- GARRIDO ROIZ, J.P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva. (1ª y 2ª Campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España 71, Comisaría General Excavaciones Arqueológicas, Madrid.
- LÓPEZ, J.; PONS, E. (1995): Las necrópolis d'incineració tumularia de la zona pirenaica. *Muntanyes i Població. El Pas-ta dels Pirineus des d'una Perspectiva Multidisciplinària*, Govern d'Andorra. Andorra la Vella: 107-123.
- MADERUELO, M.; PASTOR, M.J. (1981): Excavaciones en Reillo (Cuenca). *Noticario Arqueológico Hispano* 12, Ministerio de Cultura. Dirección de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Subdirección General de Arqueología y Etnografía, Madrid: 160-185.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*. Estudio Crítico I, Pamplona.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1957): *La necrópolis de la Edad de Hierro de "La Torraza" en Valtierra (Navarra)*. Excavaciones en Navarra V, Pamplona: 15 y ss.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*. Estudio Crítico II, Pamplona.
- MALUQUER DE MOTES, J.; VÁZQUEZ, L. (1956): *Avance del estudio de la necrópolis de "La Atalaya", Cortes de Navarra*. Príncipe de Viana LXV, Pamplona: 389-454.
- PÉREZ CASAS, J.A. (1985): La necrópolis de incineración de Cabezo Ballesteros. Épila, Zaragoza. *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 419-434.
- PÉREZ CASAS, J.A. (1987): Las sepulturas de adobe en la necrópolis de incineración del Cabezo Ballesteros de Épila, Zaragoza. III Campaña de excavación (1985). *Arqueología Aragonesa*, Zaragoza: 81-84.
- PÉREZ CASAS, J.A. (1990): Las necrópolis de incineración del Bajo Jalón. Necrópolis Celtibéricas. *II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza: 111-121.
- QUESADA SANZ, F. (1997): ¿Jinetes o caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular. *La guerra en la antigüedad. Una aproximación a los ejércitos en Hispania*, Ministerio de Defensa. Comunidad de Madrid, Madrid: 185-194.
- RAFEL, N.; HERNÁNDEZ, G. (1992): Practiques funeraries a la necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, La Tierra Alta). *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2: 37-57.
- ROYO, J.I. (1980): Hallazgos metalúrgicos de la Iª Edad del Hierro en Aragón. Aproximación al estudio de la metalurgia en nuestra región durante la etapa hallstática. *Turiaso*, I: 241-324.
- ROYO, J.I. (1986a): Estudio de un ajuar funerario de la Iª Edad del Hierro descubierto en las cercanías de Mallén (Zaragoza). *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XVII-XVIII: 35-59.
- ROYO, J.I. (1986b): El yacimiento de "Los Castelletts" y su necrópolis de inhumación e incineración (Mequinenza, Zaragoza). *Arqueología Aragonesa* 1984, Zaragoza: 47 y ss.
- ROYO, J.I. (1987): La necrópolis tumular de "Los Castelletts" de Mequinenza (Zaragoza). Campaña de 1985. *Arqueología Aragonesa*, Zaragoza: 71 y ss.
- ROYO, J.I. (1990): Las necrópolis de los Campos de Urnas del Valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico. *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza: 123-136.
- ROYO, J.I. (1992): Estudio de los materiales de Los Castelletts de Mequinenza. Campaña de 1990. *Arqueología Aragonesa*, Zaragoza: 81-87.
- ROYO, J.I. (1992-1993): El mundo funerario de los Campos de Urnas del Valle medio del Ebro. Aproximación a su problemática. *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Bajo Aragón Prehistoria IX-X, Caspe-Zaragoza: 89-99.
- ROYO, J.I. (1994): Estelas y cipos funerarios en la necrópolis tumular de Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza, España). *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, Soria: 117-134.
- ROYO, J.I. (1994-1996): Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza). Una aportación al estudio del Bronce Final/Hierro I en el N.E. peninsular. *Taules Rodones d'Arqueologia. Actes*, Gala 3-5, Sant Feliu de Codines (Barcelona): 93-108.
- ROYO, J.I. (1994-1996): El yacimiento del Castillo de Cuarte (Zaragoza) y su contribución al conocimiento del inicio del Ibérico Pleno en el Valle medio del Ebro. *Taules Rodones d'Arqueologia. Actes*, Gala 3-5, Sant Feliu de Codines (Barcelona): 387-397.
- ROYO, J.I. (1997a): La necrópolis de incineración de Arroyo Vizcarra en Ruesta (Urriés, Zaragoza). Actuación de urgencia. *Arqueología Aragonesa*, Zaragoza: 47-58.

- ROYO, J.I. (1997b): Prospecciones y nuevos hallazgos arqueológicos en las Altas Cinco Villas: términos de Sos del Rey Católico, Urriés y Los Pintanos (Zaragoza). *Arqueología Aragonesa*, Zaragoza: 261-270.
- ROYO, J.I. (2000): Tipología funeraria, ritos y ofrendas en las necrópolis del valle del Ebro durante la primera Edad del Hierro (s. VIII - s. V a.C) (Aragón). *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 5. Archéologie de la Mort. Archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer. Actes du XXI^e Colloque International de l'Association Française pour l'Etude de l'Âge du Fer. Conques-Monrozier (8-11 mai 1997), Teme spécialisé: 41-58.*
- ROYO, J.I.; PÉREZ CASAS, J.A. (1987): Un ejemplo de actuación en defensa del patrimonio arqueológico: Burrén y Burreña (Fréscano, Zaragoza). *Arqueología Aragonesa*, Zaragoza: 207-213.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica*. 2 tomos. Tesis Doctoral policopiada, Universidad Complutense, Madrid.
- SOPENA, G. (2005): La ética agonística y el ritual funerario. *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Junta de Castilla y León, Soria: 235-238.
- TORTOSA ROCAMORA, T. (2001): *La dialéctica del Más Allá a través de una tumba ilicitana. En el umbral del Más Allá. Una tumba ibérica de Elche*. Ayuntamiento d'Elx. Elche. 2001: 32.